

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

REFLEXIONES DEL MOMENTO

CUÁNDO se pretende explicar un acontecimiento es necesario recurrir a la consideración de los hechos vecinos a él en el espacio y, sobre todo, en el tiempo, para comprobar que su acaecimiento está conforme con lo que habitualmente estamos acostumbrados a presenciar.

En estas explicaciones es posible adoptar dos posiciones intelectuales totalmente diferentes que corresponden a dos tipos de explicaciones radicalmente distintas para nosotros.

La primera posición intelectual consiste en buscar la explicación por la averiguación de los hechos anteriores a aquel que se quiere explicar y, cuando este camino es capaz de satisfacer plenamente nuestra inquietud cerebral, entonces decimos que el fenómeno pertenece a aquellos de que se ocupan las ciencias físicas (Astronomía, Física y Química).

La segunda posición intelectual se presenta cuando la explicación física de un acontecimiento es insuficiente. Entonces se recurre a considerar los hechos posteriores a él y cuando es necesario acudir a este segundo camino para calmar plenamente la inquietud cerebral, decimos que el fenómeno estudiado pertenece a aquellos de que se ocupan las ciencias morales (Biología, Sociología y Moral).

Así, por ejemplo, si vemos pasar una piedra que va rodando, diremos que se trata de un fenómeno físico, porque para explicarnos el suceso nos bastará saber de dónde viene. En cambio, si vemos pasar un caballo, o un perro, o, sobre todo, un hombre, diremos que el fenómeno es moral, porque para explicarnos el hecho nos será preciso saber también para dónde va, ya que sería insuficiente el dato de dónde viene.

Todo acontecimiento susceptible de ser explicado físicamen-

te lo llamamos *fenómeno muerto* y todo suceso que requiere una explicación moral lo llamamos *fenómeno vivo*.

La diferencia entre la vida y la muerte no parece, ser pues, de índole fenomenal sino intelectual. Es más subjetiva que objetiva.

Todo fenómeno muerto tiene un carácter fatal, es decir, queda suficientemente determinado por el pasado. En cambio, la determinación de los fenómenos vivos se hace no sólo en función del pasado, sino también del porvenir y, por eso, tales fenómenos son libres.

La Moral es la ciencia de la *libertad* y la Física es la ciencia de la *fatalidad*, así como la Matemática es la ciencia del *orden*.

Debe entenderse, pues, por libertad la capacidad manifestada por ciertos fenómenos de determinarse en parte en función del porvenir. Mientras mayor sea la influencia del porvenir más libre es el fenómeno. Esta capacidad es un simple hecho científico independiente de todo flúido metafísico.

Se debe a la incompetencia de la muerte para explicar la vida el que el genio teológico radique la esencia de ésta en espíritus especialmente ideados para el efecto.

Esos espíritus inventados por la fantasía y adornados por la poesía del hombre no son sino la personificación abstracta del concepto de la vida, así como los números son la personificación abstracta del concepto de la cantidad. Tales espíritus manifiestan objetivamente para el cerebro teológico y subjetivamente para el cerebro positivo la capacidad absoluta de determinarse totalmente en función del porvenir sin intervención del pasado. Ellos son la vida misma, la libertad perfecta.

El que los hombres hayan creído en la existencia efectiva de esas entidades se debe a la incapacidad de la razón primitiva de distinguir las realidades objetivas de las construcciones subjetivas. Los hombres también creyeron en la existencia efectiva de los números y, asimismo, poblaron los cielos, los mares y la tierra de Dioses, de Monstruos, de Fantasmas y Vestiglos, productos de su imaginación.

El deslinde fenomenal entre la vida y la muerte quedará eternamente indeterminado, porque habrá siempre hechos cuya explicación puede ser de ambas naturalezas: física o moral; así como jamás se podrá señalar con precisión en el espectro, por razones objetivas, el límite entre el verde y el azul.

La pretensión *materialista* de explicar la vida por la muerte no es más irracional que perjudicial, pues obliga a comprimir la imaginación con grave daño de la libertad intelectual del hombre.

Afortunadamente la ineficacia real de las explicaciones fatalistas o físicas, de los fenómenos libres o morales, ha contribuído más al desprestigio de semejantes atentados que a conculcar las concepciones superiores de la razón humana.

La vida la sentimos dentro de nosotros mismos y, por eso, aquel que quiere comprender su propia conducta no se puede contentar con averiguar el *por qué* de sus actos sino que ha de recurrir además a considerar el *para qué* de ellos.

¿Cómo es posible entonces creer que sea racional y conveniente descartar las explicaciones morales en la interpretación de la naturaleza cuando sin ese tipo de explicaciones no comprenderíamos nuestra propia existencia?

Sólo se debe al orgullo de la razón teórica, que se quiere cobijar bajo el manto de prestigio de las ciencias inferiores (matemáticas y físicas), el deseo de hacer preponderar las explicaciones físicas sobre las morales, so pretexto de una vana certeza científica, sacrificando la simpatía y la racionalidad de las concepciones.

Para comprender un momento histórico será preciso, pues, que lo expliquemos, tanto en función de sus antecedentes reales como de sus finalidades ideales.

Esta es la posición lógica que se debe adoptar para hacer la apreciación de la hora presente y así se podrán explicar científicamente las inquietudes que conmueven a nuestra generación por toda la redondez de la tierra.

Al mismo tiempo, adoptando dicha posición lógica, será doble determinar cuál es la labor que hoy día corresponde a los hombres encargados de manejar los destinos de la especie.—
A. LAGARRIGUE R.

COSIMA WAGNER

MARIA de Flavigny, hija del vizconde de Flavigny, paje de María Antonieta, oficial realista y emigrante en Coblenza, nació en una media noche del año de 1805 en Frankfurt sobre el Main. Su madre, hija del banquero holandés Juan Felipe Bethmann y de Catalina Schaaf, tuvo por nombre María Isabel